

MEDITACIÓN 8
EL VALOR DE LO OLVIDADO



ACEPTAR NUESTRA

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

FRAGILIDAD

“

Lloras tú y lloro yo
y el cielo también, y el cielo también.
Lloras tú y lloro yo.
¡Qué fragilidad, qué fragilidad!
Aquellos que han nacido en un mundo así,
no olviden su fragilidad.»

(Sting)

Creo que, si algo habíamos olvidado, y ahora lo estamos teniendo que recordar a la fuerza, es nuestra fragilidad. Nos habíamos acostumbrado a un mundo empoderado, seguro de su ciencia y de su tecnología, orgulloso de haber vencido las dificultades que atemorizaron a nuestros antepasados. Pensar en que en pleno siglo XXI nos tendríamos que resguardar en nuestras casas a la espera de un milagro, temiendo que el mensajero de la muerte ingrese a nuestros hogares y nos quite a alguien amado, es algo que no estaba en nuestros cálculos. Pienso, sobre todo, en los muchachos de hoy que de forma tan olímpica tienden a despreciar los valores espirituales por considerarlos innecesarios, y como ahora se enfrentan a un encierro, ellos que viven afuera, a una pausa obligada, ellos que tanto se mueven, a un aislamiento, ellos que tanto quieren permanecer en contacto con sus amistades, a un dato cotidiano de número de contagiados y muertos, ellos que pretendían vivir en un mundo donde las tragedias habían sido derrotadas. El dolor, este dolor de una enfermedad intratable, este dolor de una sociedad desconcertada tomando decisiones nunca antes tomadas, este dolor de una economía en riesgo de desplomarse, este dolor del miedo de que sean muchos los que se contagien y muchos los que necesiten respiradores y muchos los que se agraven y muchos los que mueran, este dolor nos ha recordado lo frágiles que somos.

El dolor no tiene estrato ni clase social. El sufrimiento no está reservado para los pobres ni la bienaventuranza para los ricos. Aunque desde fuera nos parezca que unos son más afortunados que otros, lo cierto, lo terriblemente cierto, es que la factura del dolor tarde o temprano llega a todas las casas. No importa lo hermoso que sea tu apartamento, está pintado de dolor; no importa el material del que está hecha tu casa —latas, cartones, ladrillos o mármol— está pintada de dolor. Toda casa humana, toda vida, está pintada por la pena; toda existencia está pintada de sufrimiento.

El dolor todo lo rompe, el dolor todo lo destroza, no deja nada en pie. No importa qué tan bien construido lo tengas todo, el dolor llega, y cuando llega, va destruyendo todo lo que encuentra.

- El dolor rompe nuestra confianza en los bienes materiales. Cuando alguien amado se está muriendo, de qué sirve tener una acción en un club, de qué sirve tener un automóvil de lujo aparcado fuera de la casa, de qué sirve tener varias cuentas corrientes o de ahorros si ni una sola moneda, ni un solo electrodoméstico, ni una

sola joya, puede comprar un minuto más de vida. Y entonces se nos rompe nuestra fe en las cosas. Porque en el fondo tenemos fe en las cosas que poseemos, tenemos fe en la ropa que nos ponemos y que nos hace ver mejores; tenemos fe en el dinero que tenemos guardado y que nos asegura el futuro y el presente; tenemos fe en los aparatos que usamos, porque nos hacen cómoda la vida, y agradable, y descansada, y placentera. Pero ¿de qué sirve todo eso si alguien muy amado se nos muere entre los brazos?, ¿de qué sirven las riquezas cuando la persona que más amamos se nos va para siempre?

- El dolor rompe nuestra fe en nosotros mismos. Uno está acostumbrado a confiar en las propias capacidades, a confiar en su inteligencia, a confiar en su solidez, a confiar en su seguridad como persona. Pero cuando llega el dolor, uno se llena de zozobra, incertidumbre y miedo, pues el dolor nos hace perder el control de lo que creíamos controlado y la seguridad de lo que pretendíamos tener bien seguro.
- El dolor nos rompe la fe en los demás. Cuando los demás nos traicionan, ¿cómo volver a creer en ellos? Cuando los demás nos decepcionan ¿cómo volver a confiar en ellos? Cuando el amor nos falló, ¿cómo volver a enamorarnos? ¿cómo volver a creer en las promesas de quienes nos dijeron que nos amarían siempre y no cumplieron?
- El dolor rompe la fe en la vida. Todo niño llega al mundo con ganas de vivir, por eso extiende las manitas frenéticas para conocer el mundo y por eso llora puntualmente a la hora del hambre reclamando el alimento que necesita para vivir, porque quiere vivir. Todo niño llega al mundo queriendo vivir, queriendo correr, queriendo jugar, queriendo saltar, gritar, cantar, queriendo ir al colegio, queriendo aprender, queriendo escribir las primeras letras, queriendo leer. Pero a medida que va pasando la vida y se va encontrando con el dolor, va perdiendo progresivamente esas ganas: las de correr, las de cantar, las de escribir, las de leer, las de estudiar, las de vivir. El encuentro con el sufrimiento nos lleva a dudar del valor de la misma vida.

- El dolor nos rompe la esperanza. El dinamismo que mueve la vida es la esperanza. Uno se levanta en la mañana con la esperanza de que el día de hoy será mejor, y realiza un trabajo con la esperanza de que éste tiene sentido y vale la pena hacerlo, y quiere a alguien con la esperanza de ser querido a su vez y de que el amor que uno ofrezca no sea en vano. Pero cuando llega el dolor, se rompe la esperanza y uno ya no cree que el mañana va a ser mejor y el futuro se vuelve oscuro, el amor doloroso y los sueños y proyectos se tornan imposibles.
- El dolor rompe el amor. Porque nos reconcentra en nuestro propio sufrimiento, el cual suele encerrarnos en nosotros mismos. ¡Qué difícil amar a una persona adolorida! Uno intenta llegarle, pero la persona está enconchada en su dolor y no se deja hallar; uno intenta arroparle, pero la persona no se deja arropar; intenta consolarle, pero no se deja consolar; intenta alegrarle, pero no se deja alegrar; y por eso la gente que sufre muchas veces se queda sola, porque se le extingue la capacidad de amar, incluso la capacidad de dejarse amar. El dolor produce amargura y desde esa amargura que se entroniza en el centro del alma, suele surgir una incapacidad para el amor: se ama menos, porque se sufre más, y se deja uno amar menos, porque no se quiere sufrir más.
- El dolor nos rompe la fe en Dios. De pequeños nos dieron la imagen piadosa de un Dios que nos viviría la vida, que nos protegería de los sufrimientos y que nunca dejaría que nada malo nos pasara. Pero luego, al crecer, nos despertamos descubriendo con tristeza que el dolor nos llega como les llega a todos y que Dios no lo impide, que Dios no hace menos grave la enfermedad ni menos amargas las despedidas ni menos aterradoras las tragedias ni menos definitivas las muertes. Entonces, llegamos a creer que Dios nos ha fallado, que no se acuerda de nosotros, que nos ha abandonado a nuestra suerte. Así llegamos a pensar una de dos cosas: o que alguien allá arriba, en el cielo, está repartiendo dolores y alegrías y a mí me repartió los dolores y a otros les repartió las alegrías, o que sencillamente estamos solos y nadie nos acompaña cuando sufrimos.

Sí, el dolor nos confronta con nuestra fragilidad. Sin embargo, a pesar de todo, la fragilidad no es un punto final. Por el contrario, bien vivida, nuestra fragilidad es una maravillosa oportunidad. El problema con la fragilidad es que habíamos olvidado que éramos frágiles y quizá también se nos había olvidado enseñar a nuestros niños y jóvenes que la fragilidad era parte de sus vidas. La fragilidad no es una aberración ni un error que cuando sucede lo echa a perder todo, ni una equivocación de la naturaleza o de nosotros o de Dios. La fragilidad es una parte esencial de nuestra condición humana y saberla aceptar es fundamental para nuestro crecimiento personal. Es cierto que no nos gusta ser frágiles. Tal vez por eso nuestros universos de fantasía están llenos de superhéroes poderosos con muy pocas debilidades. Pero no tenemos superpoderes y lo que sí tenemos son debilidades y con lo que tenemos que aprender a vivir es con el desafío de no dejarnos vencer por el dolor. Al fin de cuentas, la historia de la humanidad es la historia de cómo gracias a nuestra inteligencia, a nuestra voluntad, a nuestro tesón, a nuestra unidad, a nuestra fe, a nuestra resolución, a nuestra resiliencia, a nuestra capacidad de amar, hemos podido vencer tragedias, dramas, sufrimientos, enfermedades, pestes, guerras e inmensos dolores.

Hay algo muy bello de nuestra fe. Cuando Dios decide tender su mano a la humanidad para salvarla, no lo hace exhibiendo poder, sino asumiendo en todo nuestra fragilidad. Un niño frágil nacido a la intemperie en la precariedad de un pesebre. Un niño frágil perseguido por un rey malvado que quería matarlo. Un muchacho frágil extraviado en el templo a sus doce años. Un hombre frágil incomprendido incluso por quienes él mismo había elegido como discípulos. Un hombre frágil llorando de angustia en un huerto, arrestado, golpeado, azotado, torturado. Un hombre frágil colgado de una cruz y ofreciendo su último aliento por amor. Desde que Dios se hizo hombre en Jesús, la fragilidad dejó de ser únicamente una característica del ser humano y se convirtió en un atributo del mismo Dios. Por eso, no es problema ser frágiles y ni siquiera es problema tener que padecer el dolor. La fragilidad y el dolor son una oportunidad para nuestra inteligencia, son una oportunidad para nuestra voluntad de vivir, para nuestra decisión de vencer los infortunios, para nuestra capacidad de amar aún en las dificultades, para nuestra fe en el poder del corazón humano cuando este corazón se deja llenar de la plenitud del Espíritu.

Pero, además, lo otro que nos recuerda la fragilidad es la necesidad de cuidarnos unos a otros con mimo y delicadeza, para no causarnos más dolores que los dolores que ya trae la vida y para no quebrar esos vasos frágiles de barro que somos todos. El Dios que compartió nuestra fragilidad y que cargó nuestros dolores, lo hizo para enseñarnos a vivir sin ofender, sin dañar, sin herir, sin romper, tratando a los demás con el cuidado de quien prefiere dar la vida, antes que entristecer un corazón. ¡Qué lindo sería pedirnos hoy perdón por los dolores que nos hemos causado! ¡Qué hermoso sería que nos hiciéramos hoy la promesa de no volver a hacer sufrir a nadie! ¡Qué bello sería asumir hoy el compromiso de tratar a los demás con la delicadeza de quien responde por algo infinitamente valioso, pero también frágil, muy frágil!

Aunque el dolor nos rompa muchas cosas y nos llene de desconcierto, no es el final de nuestra posibilidad de ser felices. Todo lo contrario. Vencer el dolor, cuando nos llega la hora del dolor, es justamente la certeza de que la auténtica alegría no depende de la ausencia de penas, sino de la capacidad para afrontarlas transformando nuestra fragilidad en fortaleza. Comprender esto es como entender que Aquél que colgó de una cruz, venció a la muerte y nos alcanzó la eternidad. El dolor acaba en alegría. Aceptar nuestra fragilidad es descubrir lo que nos hace realmente fuertes.



«Tres veces le pedí al Señor verme libre de lo que me aflige y tres veces me contestó:

“te basta con mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad”.

Así pues, con muchísimo gusto presumiré de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo.

Por eso estoy alegre en las debilidades, ofensas, dolores, desventuras persecuciones y angustias por Cristo; porque cuando soy débil, entonces, soy fuerte.»

(2 Corintios 12, 8-10).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"